



MIDIKO Y VAGUDAR

Por Ada Albrecht

Al santo Midiko una sola cosa lo aterraba, y era el olvido de Dios.

En su corazón acostumbraba a hablar con Nuestro Señor y así le decía:

“Puedo vivir sin ojos, sin oídos, puedo perder ambas piernas y brazos, el don del habla y la salud de este cuerpo, si Te place, Padre mío, mas nunca, pero nunca, deshabites mi corazón, jamás Te vayas de la casa de mi mente. Si acaricio un niño debo recordarte, si aspiro el perfume de una flor, bendecirte. Cuando baño mi cuerpo, bañarte en él, puesto que es Tuyo hasta su última célula, y cuando comento los Libros Sagrados, sentirte andar en cada palabra que pronuncio. Poséeme tan completamente que no haya hendijas en la casa de mi memoria por donde Te me pierdas. Bien sabes que la verdadera muerte es no recordarte. De nada más tengo miedo Señor; sólo del olvido. Él es más peligroso que mil tigres de Bengala, y guarda mayor ponzoña que todas las cobras, pues su veneno nos aletarga para lo real y nos sume en la materia. Mira a esas

criaturas humanas, completamente ebrias con el funesto licor de la desmemoria. Van y vienen presumiendo que hacen cosas, cuando en verdad, si no piensan en Ti, su quehacer carece de significado, ya que sólo el pequeño yo se manifiesta en cuanto realizan. La ignorancia ciega los sigue como su propia sombra. ¡Ay, nada puede haber en este Universo Tuyo, que sea más triste! No pensarte, no recordarte, no amarte, es no-Ser; así, ¡permíteme vivir como si fuera la misma morada de Tu Nombre! Que todo mi espíritu lo pronuncie en sus mil formas, con este cuerpo, con sus emociones, con la mente, con el discernimiento. Nada haga donde Tú no estés, y no tenga palabra que no Te exalte...”

Cuando Midiko se hacía a los Caminos, saludaba a Dios en cada criatura que veía. No permitía que los devotos cortaran las flores de los jardines cercanos para ofrecerlas al Señor en sus altares.

—Él estará más feliz si respetáis la vida de Sus hijas a las que Él viste de pétalos y perfumes. No le llevéis sus cabecitas muertas ¡Ellas son pequeños ángeles a los que da a luz la Madre Tierra para gloria del Amado Celeste! Llevadle más bien las flores de vuestro constante recuerdo; el recuerdo de Dios, si es constante, es la orquídea de los jardines de la mente, a la que Él aprecia sobre todas las cosas...

Esta idea suya resultaba sumamente extraña, pues sabido es que los hindúes hacen un verdadero culto de la preparación de las flores para los innumerables altares que poseen. Quedarse sin ellas para sus devociones era incomprensible, pero... si Midiko lo pedía, había que hacerle caso, pues Midiko era un santo de Dios.

Una mañana del mes de Marzo, durante los cultos del Dios de la Liberación, el piadoso Shiva, los sacerdotes *Brahmines* se sentían sumamente desolados, pues ni una flor había sido llevada a los altares. La fiesta parecía caminar de la mano de la tristeza y el deslucimiento, cuando, ¡oh maravilla de maravillas, el santo Midiko se hizo presente en el Templo, y con él, de modo misterioso, llegaron miles de rosas, jazmines, lotos, y *Champakas* de exquisito perfume. Todos los *Devas* de los innumerables pilares, templetos, hornacinas, etc., se enjoyaron con ellas. Era un poema del Cielo ver semejante esplendor.

Las misteriosas flores yacían postradas, como diminutas devotas, a los pies de Shiva, Parvati, Kartika y el Divino Ganesha-Ji¹. Los sacerdotes no salían de su asombro, y daban gracias al Cielo por tan inusitado acontecimiento.

¹ Shiva es el compasivo Dios de la Liberación, Parvati es Su divina consorte, la Madre Cósmica. El Señor Kartika, también llamado Kartikeya o Skanda es el hermano del Dios Ganesha. Y Ganesha-Ji es el *Deva* del Discernimiento Espiritual.

Cuando los numerosos fieles se retiraron y los dulces *Mridangas*¹ cesaron junto con los tamboriles y *Vinas*² de los músicos, el último sacerdote *Brahmín* vio cómo las flores ascendían en brazos de un viento invisible, abandonando los altares y desapareciendo en el espacio colmado tan sólo de un inusitado resplandor. Y ese resplandor fue la postrer huella que dejaron las flores de su estancia en el Divino Templo.

Midiko las había materializado trayéndolas de los jardines de Indra, el Rey del Cielo, donde las flores son eternas y nunca perecen. Ese día, en verdad, resultó de singular gracia para los devotos, por la inusual aparición de las flores. Toda la ciudad sagrada de Rishikesh comentó el maravilloso acontecimiento con lágrimas en los ojos. Todos, menos el orgulloso *Pandit*³ Vagudar. Acercándose a Midiko, le espetó entre irónico y enfadado:

—¡Bien se las ingenió usted para hipnotizar a la gente con esas supuestas flores! —le dijo—. Nada de lo que se comenta es verdad —agregó—, excepto para esta pobre gente ignorante

¹ El *Mridanga* es un tambor muy utilizado en la música devocional de la India.

² La *Vina* es un instrumento de cuerdas hindú. A la Diosa Sarasvati se la suele representar ejecutando la *Vina*.

³ Se llama *Pandit* a alguien muy versado en las Escrituras Sagradas, un erudito. En las historias de santos y sabios muchas veces se habla de los *Pandits* como personas poseedoras de un gran conocimiento intelectual pero carentes de Realización Espiritual.

que sólo sabe creer en Dios, ya que no tienen capacidad de pensar.

—Tiene razón, *Pandit-Ji*, repuso Midiko, fue un fenómeno hipnótico, el mismo que Nuestro Señor realiza todas las mañanas y al que llamamos aurora, y todos los atardeceres, y al cual llamamos ocaso. Es el mismo fenómeno hipnótico por medio del cual alimenta en usted con sus frutos a un cuerpo que debe desaparecer cuando el Sublime Mago Celeste así lo quiera. Todo este mundo es eso, un fenómeno hipnótico, un gran Sueño del cual deberemos despertar algún día. Pero no debe usted quedarse en ello, sino que debe ir más lejos y descubrir a Dios, la Gran Realidad. Entonces sabrá que las flores que aparecieron en el Templo pertenecían a otra clase de “fenómeno” diferente al que usted supone.

Y como el *Pandit* se alzó de hombros y se dio media vuelta, marchándose sin responder, Midiko se dijo para sí que el pobre *Pandit* debía conversar menos con su mente y más con su espíritu.

—Cuando dialogamos en demasía con nuestra razón, terminamos por considerarla nuestro amo —se dijo— y olvidamos que ella es sólo sirvienta del Divino Poder que nos hace concienciar al Eterno.

En otra oportunidad, Midiko se internó en la selva a fin de hallar un poco de soledad y poder así, más libremente, repetir el nombre de su Adorado sin que multitudes de personas lo siguieran por todos los caminos. Anduvo y anduvo, hasta llegar a una cueva de la montaña a la que recibió como un verdadero don del Cielo, instalándose en ella como si fuera el palacio de las maravillas. Hacía mucho frío, pero Midiko repetía constantemente el nombre del Señor, y verdaderas oleadas de fuego se elevaban de su espíritu produciendo un intenso calor, parecido seguramente al que poblaba el bosque Khandava, cuando Krishna y Arjuna lo incendiaron a ruegos de Agni.

A eso de la medianoche, comenzaron a sonar las campanas de los innumerables Templos de Rishikesh. Cundía en verdad el pánico, y la gente se arremolinaba en las esquinas con sendas antorchas. ¿Qué había pasado? No bien Midiko comenzó sus meditaciones en Nuestro Señor, todo el valle circundante, las montañas, las selvas y caminos de los contornos asumieron la forma de inmensísimas lenguas de fuego elevándose muy alto en el cielo. Tigres, leones, serpientes, elefantes, gacelas, en fin, todos los habitantes del lugar, parecían huir despavoridos del supuesto incendio.

Un devoto del santo Midiko, el joven *Brahmachary*¹ Gutanka, intuyó lo que pasaba, de modo que tomando apresuradamente el sendero que conducía hacia las cuevas de la montaña, apersonóse ante el santo.

Este se hallaba suspendido en el aire, con los brazos extendidos hacia el Cielo.

El mismo era una llama viva de Amor, anhelosa de ascender para siempre hasta Dios.

—¡*Guru-Ji!* —exclamó Gutanka, arrojándose a sus pies—. La pequeña ciudad de Rishikesh ha sido invadida por tigres y leones. Si no haces algo, la gente no podrá dormir durante toda la noche y será además presa del terror. ¡Imagínate! ¡Toda la ciudad invadida por esas criaturas aterrorizadoras! Sé que te estoy importunando, pues hablas en tu corazón con Dios Nuestro Padre, y yo te traigo problemas mundanales, mas eres el único que puede ayudarnos y si no lo haces, ¿qué será de nosotros?

Poco a poco, Midiko fue descendiendo de su éxtasis, atraído, más que por la voz, por las ondas de dolor en las cuales se hallaba preso el corazón de Gutanka.

¹ *Brahmachary* es el estudiante célibe que vive bajo la guía de su Maestro Espiritual o *Guru*. La palabra *Brahmachary* proviene de los términos *Brahma* (Dios) y *Acharya* (versado), es decir, aquel que es versado en el conocimiento de Dios.

Todavía le llevó unos instantes comprender lo que Gutanka estaba comunicándole.

—No —le dijo por fin—. Nuestros hermanos animales no han bajado hasta Rishikesh para atemorizarlos, sino todo lo contrario. Ellos han estado aquí mientras yo oraba. Vieron descender a los *Devas* y bebieron del cáliz de la bienaventuranza, pues, aunque animales, son también pequeñuelos del Señor. Envueltos en espíritu de libertad y bienaventuranza, por esta única vez, han perdido el temor, tan propio de los animales feroces y las criaturas selváticas. Si están allá, con los hombres, lo hacen como amigos, no deben tenerles miedo. Recién mañana, al nacer el nuevo Sol, el espíritu de *Ahimsa* comenzará a abandonarlos, mas ni aun así podrán todavía hacer daño alguno. Por sí solos, regresarán a su morada en la selva. Te ruego, Gutanka, ve a comunicar esto, y que la Paz y el Amor reine por esta única noche entre todas las criaturas de Nuestro Señor.

Gutanka, embriagado de alegría, comenzó a desandar el camino. Mientras lo hacía, iba tropezando prácticamente con toda clase de bestias, a las que, sin temor alguno, acariciaba como si en vez de tigres, leones y cobras, se tratase de pequeños felinos y humildes gusanillos.

Ya en la ciudad, donde todos lo esperaban, comunicó la buena nueva con lágrimas en los ojos.

—Por esta única noche, todos seremos hermanos dijo. No habrá elefantes ni osos gigantes a quienes temer. ¡Acariciad a los tigres, no os harán daño!, Midiko ha hecho posible que esta región fuese poseída por el espíritu de Paz.

Pero el miedo reinaba en los corazones humanos, y pocos fueron los capaces de liberarse de sus agudos colmillos. Es claro que el ejemplo de Gutanka cundía por doquier. Este, iba y venía entre las bestias, las acariciaba, caminaba un trecho con ellas, o se recostaba donde estas lo hacían. Uno a uno, fueron siguiendo su ejemplo y por fin, la gran fraternidad universal de las criaturas de Nuestro Señor, fue la sinfonía sagrada que se elevó en el anfiteatro de la noche. Los grandes elefantes jugaban con sus enemigos naturales, los leones, acariciando sus melenas puntiagudas con sus poderosas trompas. Estos, a su vez, alzándose, iban a apoyar sus patas delanteras sobre el vientre de los macizos paquidermos como muestra de ternura.

Las poderosas cobras, hinchaban sus befos a los costados de su imponente cabeza, mas ningún veneno era lanzado por sus temidos colmillos. Los más valientes —o bien los hombres de mayor fe— jugaban con ellas, liándolas alrededor de sus

cuerpos y cuellos como si se trataran de inocentes cinturones de seda.

En medio de tal algarabía, una pequeña gacela cayó a una zanja muy ancha y peligrosa. Con toda premura vióse a una tigresa ir a su rescate. Tomándola con extremo cuidado entre sus colmillos, la arrebató de las aguas, la puso sobre la tierra, y con su propia lengua secó su cuerpecillo, tal como hacía con sus propios hijuelos tigrecillos.

La gente no cabía en sí de gozo. Era mirar y no creer. Lo que allí estaba aconteciendo era mucho más que un milagro; era el adelanto del fin postrero del Universo, o bien el comienzo de uno nuevo, blanco y purísimo, donde ya no existirían diferencias entre las criaturas.

Nadie tuvo deseos de marcharse a sus casas. Por el contrario, los más temerosos que se habían escondido en las suyas, salían para presenciar el extraordinario espectáculo, esta vez, sin miedo a la inusitada invasión de los animales de la selva. ¡Qué de regocijos, qué de bienaventuranzas elevándose de todos los corazones! ¡Vivían un cuento de hadas! La niñez, con sus mil sortilegios, estaba presente esa noche. El mundo volvía a ser bueno, y el mal no existía, todo era un encantamiento de Amor.

Un poco antes del amanecer, y regresando de la montaña, vieron caminar hacia ellos a Midiko el santo. Su rostro era un incendio de auroras y sus pies apenas si se posaban sobre el camino. Uno a uno, los hombres comenzaron a rodearlo. Algunos caían a sus pies, profundamente emocionados; otros, lloraban silenciosamente; los de más allá, agradecidos, se abrazaban trémulos de amor a las bestias que por sólo esa noche inolvidable serían sus amigas. Una Paz Celestial rodeaba todo el valle y hasta parecía que las aguas sagradas de la Divina Madre Ganga se detenían en su marcha perezosamente, no queriendo alejarse, por esta vez, de las riberas donde se estaba llevando a cabo tan inefable milagro.

Entonces Midiko, comenzó a hablar con su voz de pájaro del cielo.

—Es natural el amor entre las criaturas —dijo—. Todos nosotros sentimos el frío y el calor, nos alimentamos, amamos y tememos. Las características que poseemos son similares debido a que Nuestro Padre y Señor es el mismo. Hasta un gusanillo siente hambre y sed, como el más inteligente de los hombres. Así también, del mismo modo en que esas cualidades nos enlazan a todos por igual, el Amor puede hacerlo. Quitad de vuestro cuadro mental el negro color de los apegos, el gris del temor, el rojo de la ira. Recordad a Dios de modo constante y consciente, repetid Su Sagrado Nombre en vuestros corazones.

¡Transmutaos hermanos, como la semilla que alegremente muere para llegar a ser árbol de generosos frutos! Y creed. Creed que existe un Dios. Creedlo con todas las fuerzas de vuestro corazón. Para ello no pidáis ayuda a la mente; ésta, por el contrario, os despeñará a la nada. Para creer, debéis aprender a no pensar. Todo pensamiento es por naturaleza enemigo acérrimo de la Fe. Debéis aprender el difícil arte del escultor divino; éste esculpe el sentimiento de Dios en su corazón valiéndose del cincel de la soledad y del silencio. ¡Llenaos hermanitos de ansiedad celeste! Que vuestras almas no dejen jamás de gustar la miel de Su recuerdo, y renaceréis a los mundos de la bienaventuranza.

Cuando las primeras luces del alba asomaron tímidamente por el oriente, los animales comenzaron a marcharse rumbo a la selva. Todos los seguían emocionados, como si estuvieran despidiendo a sus seres queridos. Luego, cada quien marchó a su hogar, bendiciendo las horas transcurridas.

El santo Midiko también se alejó rumbo a sus amadas montañas.

Al doblar un recodo del camino, sintió cómo alguien se arrojaba a sus pies. Era el *Pandit Vagudar*.

—Siempre he sido un necio, mi señor —exclamó sollozando—. Tuve la desgracia de un mal amor: me prendé del intelec-

to y este mal amante me arrastró hasta la tumba del escepticismo, me hizo gustar las agrias uvas de la duda, me dio por morada la noche del Ser. Libérame de sus brazos, ¡oh santo! ¡Me muero de sed de agua pura, desconozco el camino de la fuente, y ya no puedo beber más del vinagre racional que laceraba las entrañas de mi alma!

El santo Midiko sintió profunda compasión por esta alma desdichada. Sin embargo, antes de acogerlo en el Camino de los Hombres enamorados de Dios, quiso saber si cuanto expresaba era sincero, y habiéndolo confirmado por medio de su arcana clarividencia, lo abrazó con afecto y le dijo:

—Estás bajo la bendición de una fuerte emoción, la que momentáneamente te ha acercado al camino recto. Mas ella pasará, y otra vez la mente arrojará sus dudas sobre las espaldas de tu cansado espíritu. Tendrás que prometerme que cuando ello ocurra, cortarás de raíz todo pensamiento. En su lugar, pondrás tan sólo el nombre de Hari. Todas tus enciclopedias, a partir de ahora, tendrán en sus páginas esa sola palabra, de la que beberás tarde mañana y noche como si la misma fuera tu único alimento. Con el tiempo volveremos a vernos, Vagadar, pero tú ya no serás el mismo.

Doce años pasó el *Pandit* repitiendo el Sagrado Nombre. Millones de veces, el mar mental arrojaba a las playas de su

conciencia las desventuradas olas de los “por qué”... y “quien sabe”... En más de una oportunidad estuvo a punto de ahogarse en sus aguas estériles; acudía entonces con desesperación al recuerdo del santo Midiko y al Nombre de Hari hasta que el oscuro oleaje se retiraba y volvía la añorada calma.

Y así, poco a poco, los terrenos de la ilusión se iban perdiendo y conquistándose los otros celestiales. Su mente comenzó a apagarse como una lámpara a la cual nadie abastece de combustible. Una última llama, y por fin, nada. Cuando esto ocurrió se sintió como el polluelo que acaba de perder su cascarón. ¡Cuánta maravillosa libertad allende su estrecha celda! ¡Cuánta bienaventuranza, qué océano de luz rodeándolo por todos lados! ¡Y supo entonces lo que es la verdadera conciencia! Lo supo al perder su yo mental. Todo él se convirtió en un poema de Dios, escrito por Dios y recitado para Dios. Vio a Dios por todos lados y se sintió desmayar de la dicha. Se dijo que podía volar... y voló; que podía caminar sobre las aguas... y caminó. Hizo un alto, en su camino a la plenitud, para llorar agradecido a la Vida y al santo Midiko.

Estaba todavía enviándole su agradecimiento desde el corazón, cuando lo vio aparecer por el camino.

—Tu sufrías mucho, Vagudar, —le dijo con voz suave—. Tu alma se te moría a diario, quemada por el fuego de la especulación.

Has aprendido ahora que el reino de la felicidad radica en la devoción al Nombre de Hari, mas ello no es suficiente; deberás predicar esa Verdad hasta el fin de tu vida, porque muchos son los hombres que padecen la misma enfermedad que hasta ayer fuera la tuya. Sólo el recuerdo constante de Dios salva a la criatura humana de los esponsales con el dolor.

Vagudar llegó a ser un gran santo del Norte de India. Miles de veces, contaba a las multitudes lo que había sucedido aquella venturosa noche en que los animales descendieran hasta Rishikesh en son de amistad. También narraba la ya lejana historia de las flores —en las cuales ahora sí creía Vagudar— y mil y un acontecimientos de la vida del santo Midiko.

Fue el más fiel de sus centenares de discípulos, y cuando Midiko se despidió por fin de su vestidura mortal, fue el ex *Pandit* Vagudar el que llevó su sagrado cuerpo hasta la tumba. Pero no lo sobrevivió por mucho tiempo.

Escasamente a la semana del adiós de Midiko, Vagudar también ingresó al *Mahasamâdhi*¹. Las circunstancias que ro-

¹ Se llama *Mahasamâdhi* al momento en el cual el alma de los grandes santos y devotos abandona el cuerpo físico.

dearon su muerte, fueron por demás extrañas. Lo hallaron unos pastores, en un claro de la selva, rodeado por tigres y leones que parecían montar guardia ante el cuerpo inerte de Vagudar.

Ningún animal tocó siquiera sus restos mortales: simplemente, lo velaban, como si se tratara de decir adiós a un querido amigo.

Tal vez, entre esos animales, hubiera alguno de los que descendieran hasta Rishikesh aquella venturosa noche en la cual comenzara la conversión espiritual de Vagudar.

Esta maravillosa historia, se escucha repetida por todos los caminos de la India del Norte. Muchas, como ella, alimentan todavía, y lo seguirán haciendo a través de los siglos, el corazón de Bharatavarshya, el “país de los hombres enamorados de Dios”, para Gloria y Bienaventuranza de todos los hombres de esta tierra.

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
